

El corazón salvaje de África

El Zambeze serpentea más de 2.500 kilómetros a través de selvas y sabanas apenas domesticado e innavegable. Es una fuerza de la naturaleza que inunda amplias llanuras y escupe chorros de espuma hacia los cielos. Dos reporteros de GEO han viajado por el gran desconocido entre los ríos africanos. En sus orillas han encontrado contrabandistas y héroes, pescadores, reyes y animales gigantes.

Texto: Michael Stührenberg; Fotos: Franck Vogel

EL REY SE MUDA

Cuando al final de la temporada de lluvias el Zambeze cubre de agua la pradera hasta el horizonte, el soberano del pueblo de los barotses se hace llevar a golpe de remo hasta su residencia de invierno, situada a más altura, con una pomposa ceremonia. Sobre la barca real se enseña la figura de un elefante como símbolo del poder regio.





EL ZAMBEZE CRECE

Los súbditos siguen la canoa del rey a bordo de otras embarcaciones; nobleza y pueblo reman rumbo a orillas seguras pues el río crece hasta alcanzar más de 60 kilómetros de ancho al final de la temporada de lluvias. Esta huida ritual es una fiesta popular que se repite todos los años.

UN PAÍS QUE FLUYE

Al final de la temporada de lluvias el Zambeze parece no tener límites en estas extensas marismas, pero hay largos tramos en los que sólo es navegable a bordo de barcas pequeñas. De este modo el río ha conseguido que las intransitables zonas inundadas nunca hayan sido colonizadas.





RIQUEZA INFINITA

Dos jóvenes pescadores se alegran de su humilde captura cerca de Mongu: diez pececillos que llevan a casa al final de la jornada. El Zambeze parece incommensurable, pero es pasto de la sobrepesca sin remedio.



ETAPA 1 - EL PAÍS BAROTSE

EL REY SE MUDA. Sus súbditos llevan semanas esperando que llegue este día. Esperando escuchar el sonido de los tambores que anuncian al pueblo de los barotses el comienzo de la ceremonia Kuomboka, una fiesta acuática cuyo epicentro es el río Zambeze.

El rey ha abandonado al alba su residencia veraniega situada en una aldea de chozas inundada. Ahora Litunga Imwiko II está sentado en su trono, vestido con uniforme de gala, bajo el toldo de una barca pintada a rayas blancas y negras. 120 guerreros tocados con boinas color púrpura y taparrabos de piel de leopardo reman conduciendo a su majestad a través de un paisaje acuático que se extiende hasta el horizonte. Miles de personas contemplan la procesión gritando, bailando y dando muestras de júbilo. Es cierto que el país de los barotses forma parte de Zambia desde hace mucho tiempo pero sus habitantes se sienten ante todo súbditos de su rey.

Y de un soberano aún más grande, el todopoderoso Zambeze.

En este sábado de abril, mes de lluvias en Zambia, los barotses están con el agua al cuello. El Zambeze ha crecido hasta alcanzar casi los 60 kilómetros de ancho. Y esta sabana convertida en lago esconde verdaderos peligros: cocodrilos e hipopótamos retozan en las aguas. De ahí el alivio de las gentes, pues solo cuando su rey culmine esta mudanza ritual que tiene lugar todos los años también ellos podrán ponerse a salvo en las orillas secas. Kuomboka significa "salir del agua".

Algunos súbditos acompañan la procesión real a bordo de canoas de pesca. Pero la mayoría siguen el espectáculo desde sus chozas que se elevan sobre el agua como si fueran las últimas islas en medio de un paisaje tras el diluvio. Nuestra pequeña lancha traquetea siguiendo la estela de la embarcación real. Sobre el toldo del rey se balancea un elefante, sus orejas

El rey Imwiko II, con la vestimenta azul tradicional, abandona su residencia de verano en Lealui para emprender un viaje de seis horas en barca. Miles de súbditos bordean la carretera para despedirlo.

se agitan de vez en cuando en medio del calor reverberante. Como si quisiera dar señales de ardor bélico y demostrar su dominio sobre la manada humana. Por supuesto, no es un elefante de verdad sino un armazón de alambre forrado con un paño gris, las orejas se mueven con ayuda de finos palos. El elefante, el soberano de la sabana zambiana, es el símbolo del poder real.

UNA VÍA DE ACCESO. Otra majestad, la reina Victoria en el lejano Londres, mandó explorar el Zambeze a mediados del siglo XIX para utilizar-

lo como ruta comercial en beneficio del imperio británico. El río debía servir de vía de acceso a los tesoros que se esconden en el subsuelo del centro del continente africano. Pero el Zambeze supuso una gran decepción desde un punto de vista colonial, solo tenía algunos tramos navegables: los rápidos de Kebrabasa, unos cientos de kilómetros tierra adentro en el último cuarto del curso del río, resultaron ser un obstáculo insalvable. Así es como el Zambeze se convirtió en un río sin valor práctico para el imperio británico. A diferencia del Congo, el Senegal o el Nilo. Incluso el Níger, de escaso caudal, por lo menos sirvió a los franceses para transportar las tropas coloniales hasta las lindes del Sahara con el objetivo de conquistar Tombuctú. Por el contrario el Zambeze no parecía ser de ninguna utilidad para los decepcionados británicos de Londres y Ciudad del Cabo.

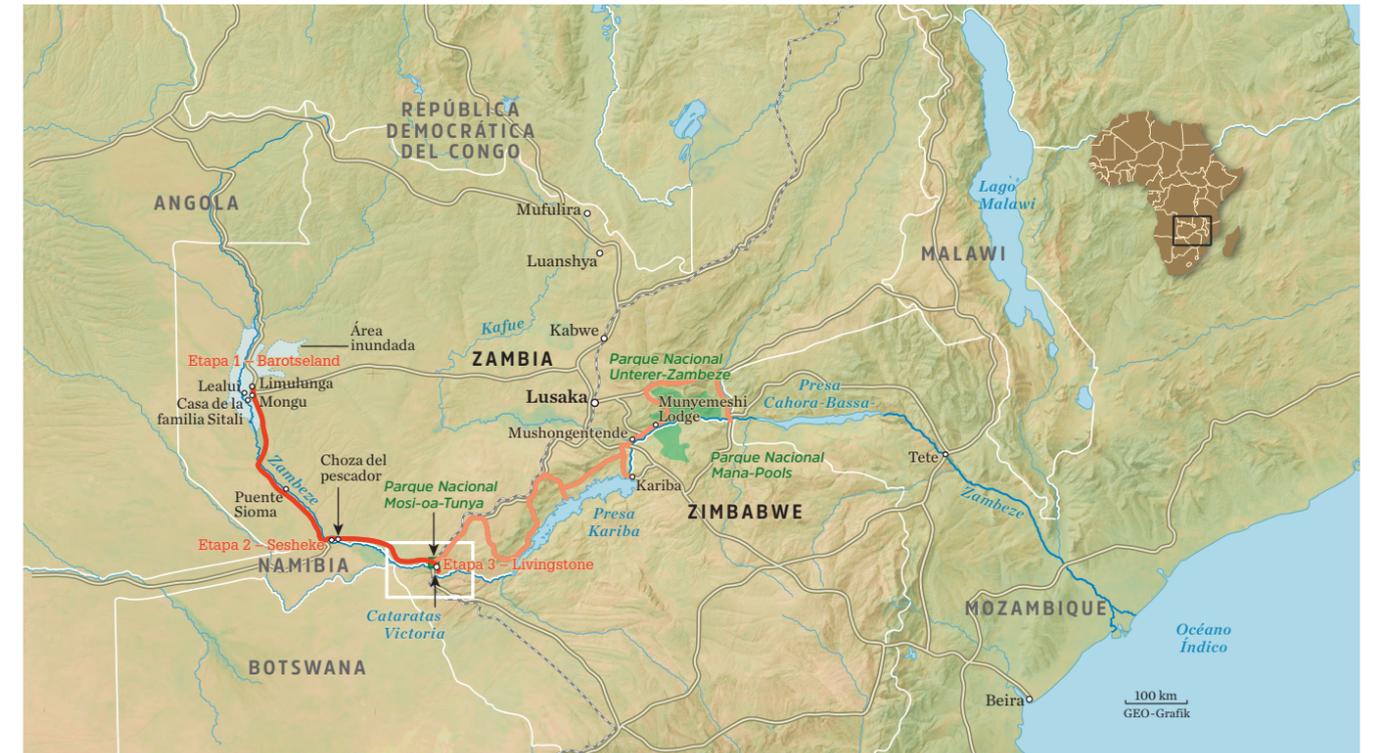
Y eso es precisamente lo que lo hace tan interesante para nosotros. Esta zona se ha desarrollado más lentamente que las tierras que rodean otros ríos de África. Hoy en día todavía existen a orillas del Zambeze aldeas a las que sólo se puede acceder en canoa. En lugar de grandes barcos de pasajeros o de carga, durante nuestro viaje nos encontramos con sencillas cáscaras de nuez en las que bogan humildes pescadores.

En algunas zonas a lo largo del cauce del río tenemos ocasión de experimentar algo que quizá sea lo más valioso que África puede ofrecer hoy día: naturaleza salvaje prácticamente intacta. El Zambeze serpentea más de 2.500 kilómetros a través de África Central y del Sur, desde su nacimiento en las selvas pantanosas del noroeste de Zambia, pasando por Angola para volver de nuevo a Zambia, pasar por Namibia, Botsuana y Zimba-

bue y desembocar en su delta en Mozambique. En nuestro recorrido río abajo evitaremos hipopótamos y daremos de comer a los elefantes. Encontraremos granjeros de piel clara y nativos de piel oscura. Unos han perdido su tierra, otros su identidad.

Junto a las cataratas Victoria la espuma blanca nos dejará sin palabras, igual que el panorama que la enmarca del que David Livingstone escribió que era lo más bello que jamás había visto en África. La casualidad geográfica convirtió al Zambeze en el poderoso río en cuyas orillas viven hoy más de 30 millones de personas. Su nacimiento está situado justo al lado de una divisoria hidrográfica. Si el Zambeze hubiera brotado solo unos pocos kilómetros más al este se hubiera convertido en un insignificante afluente del Congo. Pero no fue así, en un primer momento fluye hacia el norte, luego hacia el oeste, se adentra en Ango-

El Zambeze, de aguas tranquilas a rugientes cataratas



El Zambeze nace en Zambia, fluye por Angola, y regresa a Zambia, pasando por Namibia, Botsuana y Zimbabue y desemboca en el Océano Índico en Mozambique. La ruta del equipo de GEO: primera parte, en rojo; la segunda parte, en naranja.

“El Zambeze define lo que somos”, declara Bo Aka. Este aristócrata se ha despedido de la política para escribir la historia de su pueblo, los barotses, que se mudaron a orillas del río y se sometieron a su ritmo.



la pero regresa enseguida a Zambia y sigue creciendo sin pausa alimentado por numerosos afluentes.

En el país de los barotses, a unos cientos de kilómetros de su nacimiento, es donde el río revela todo su poderío. Los habitantes de esta región saben lo mucho que deben al Zambeze. “El río nos define”, explica Akashambatwa Mbikusita-Lewanika, primo del rey. Su alteza –para simplificar también se le puede llamar “Bo Aka”– es nieto del legendario rey Lewanika I. Este pidió en el pasado a la reina Victoria que concediera al país de los barotses el estatus de protectorado británico. “Jamás fuimos colonizados”, recalca Bo Aka. “Nada de minas ni granjeros blancos”. El corpulento aristócrata nos recibe en su terraza ajardinada.

“Fui político en el pasado”, nos explica, “ahora escribo libros sobre la cultura de nuestro pueblo”. Un tema inagotable. Por suerte tenemos tiempo de sobra. Bo Aka nos cuenta cómo en el siglo XVII los barotses se trasladaron desde el actual Congo hasta la ribera del Zambeze. Cómo cayó un diluvio que inundó el reino. Cómo

construyeron una embarcación gigantesca, similar al arca de Noé, en la que consiguieron finalmente salvar sus pertenencias. “Todavía hoy recordamos ese suceso con la procesión Kuomboka”, nos explica el príncipe. “Cada año, al final de la estación lluviosa el rey se traslada desde su palacio de verano inundado a su residencia de invierno situada a unas cinco o seis horas en barca de remo”.

Pero solo es una mudanza simbólica. En realidad el rey reside la mayor parte del tiempo en una villa en Lusaka, la capital de Zambia. O en un apartamento en Londres. Imwiko II tiene fama de ser uno de los hombres más ricos de Zambia. Probablemente nunca ha estado con el agua al cuello.

Pero eso es algo que no parece incomodar a su pueblo. “Nosotros somos gentes del agua”, declara Siyandwa Sitali. Esta mujer de 40 años de edad, madre de cuatro hijos, nos invita a entrar en su choza. La hemos visto desde la carretera del dique que va de la ciudad de Mongu al puente Sioma. La pescadora nos hizo señas entusiasmada, así que pedimos que nos llevaran hasta ella en una canoa. Mi primera sensación es de opresión. La vivienda de chapa y tablas sobresale de las aguas de la crecida como condenada al naufragio. Muy cerca de ella hay otros islotes-choza como este. Probable-

mente durante la estación seca esta sea una aldea completamente normal. “¿Cómo se lleva ser gentes del agua?” No siempre resulta fácil, admite Siyandwa Sitali: “La semana pasada un cocodrilo se zampó a una vecina”. Recorro con la mirada el grupo de niños acucillados delante de ella sobre el suelo desnudo. ¿Esta madre no teme por su prole?

Como es natural, los barotses educan a sus hijos conforme a las circunstancias en que viven, nos explica Sitali. En caso de que una serpiente salga del agua y se deslice hasta la cabaña los pequeños aprenden que no deben moverse y que tienen que gritar muy fuerte. “Entonces vendrá un adulto y matará a la serpiente”. Pero ¿qué ocurre si el nivel del agua sube hasta el punto de inundar por completo su isla? “En ese caso plantamos a tiempo estacas en el suelo y tensamos entre ellas esteras de junco. Esas serán nuestras camas. Y utilizamos una canoa como cocina. Llenamos de arena

A pesar de lo genuinas y arcaicas que resultan las marchas por el río cerca de la ciudad de Mongu, ingenieros chinos han construido una carretera que atraviesa la región con más de 20 puentes. La obra duró cinco años.



el fondo para poder encender el fuego sin quemar la barca”. Una vida que parece de otro mundo.

- ¿Cuál es tu mayor deseo?
- “Una isla más alta”.
- ¿Qué es lo que más temes?
- “A los cocodrilos, los hipopótamos y las serpientes”.

¿Y qué es lo que más te gusta?

“Muchos peces en la red. Y el Zambeze. Nos da todo lo que necesitamos, comida, bebida, caminos para las canoas. Estamos satisfechos con nuestra vida”.

ETAPA 2 – SESHEKE

EN TODOTERRENO. Nos despedimos de los barotses y seguimos recorriendo el río. En el Zambeze no hay barcos de pasajeros de ningún tipo, solo canoas de pescadores. Y transbordadores que transitan de una orilla a otra.

Viajamos en un todoterreno siguiendo el curso del río por carreteras en muy mal estado. Al caer la noche llegamos a la pequeña ciudad de Sesheke. No me agrada la idea de tener que pasar aquí la noche: chozas de piedra a medio construir orlan la carretera, tiendas descuidadas, una comisaría de policía de aspecto ruinoso. Y un “hospital de distrito” cuya estampa te previene de ponerte enfermo en este lugar.

Hasta el Zambeze parece cenagoso y triste cuando atraviesa Sesheke.

“¡Qué lugar tan interesante!”, exclama sin embargo Changwe Kabwe, un periodista radiofónico zambiano que nos acompaña en este viaje. Kabwe es un experto en economía con una vena filosófica. “Este es el único punto de contacto entre Zambia y Namibia. Un paso de frontera genera siempre oportunidades económicas”.

A la mañana siguiente comprendo a

El Zambeze entra en casa: “gentes del agua”, así como se autodenominan los habitantes de las aldeas. Estos hermanos viven de la pesca, y con miedo a los cocodrilos que llegan hasta las poblaciones con las crecidas del río.

qué se refiere. Pasamos junto a camiones articulados aparcados, nos acercamos a la zona fronteriza entre Zambia y Namibia. “Aquí florece el contrabando de alcohol”, explica Kabwe. “Los bares de Lusaka están llenos de botellas procedentes de Namibia. Johnnie Walker, Smirnoff, Havana Club. Todo es mucho más barato que en nuestro país”.

Vamos derechos hacia el último guardia fronterizo de Zambia. Está sentado a pleno sol sobre una gruesa piedra y acuna su Kalashnikov sobre las rodillas. “¿Pasan alcohol de contra-



Disponer de una barca con una techumbre que dé sombra es un lujo reservado a los privilegiados. Como estos miembros de la familia real que participan en la ceremonia cantando relajadamente, o majestuosamente inaccesibles.

bando en canoas por el Zambeze?”, pregunto. El soldado trata de buscar el sentido de mi pregunta sin llegar a encontrarlo: “Algunos llenan el maletero hasta arriba con botellas en Namibia y luego cruzan la frontera por aquí”.

Entiendo. Eso es mucho más sencillo que cruzar de noche en barca por el río. Al abandonar la ciudad por un largo puente de cemento vemos a dos hombres a bordo de una estrecha canoa. Uno está erguido en la proa y arro-

ja una y otra vez una pequeña red al agua turbia al pie de uno de los pilares del puente. El otro está sentado en la popa y saca las piernas flexionadas a ambos lados de la borda. De este modo sus pies encuentran suelo firme en el agua poco profunda y proporcionan un poco de estabilidad a la bamboleante embarcación. La escena parece sacada de un documental sobre la más minúscula empresa pesquera del mundo. Cuando ambos hombres llegan a la orilla diviso en el fondo de la canoa la abollada palangana en donde reposan un puñado de pececillos. “¡Kapenta!”, exclama el pescador de proa, orgulloso como si se tratara de un buen puñado de espléndidas truchas.

SOBREPESCA. Kapenta es el nombre de un arenque que hace algunas décadas llevaron del lago Tanganika al

embalse Kariba, aguas abajo en el Zambeze. Desde allí este pez logró propagarse por todo el río sin dificultad. Y así es como el kapenta ha llegado a convertirse en un alimento básico de los habitantes de Zambia, explica Changwe Kabwe.

En realidad Zambia es un potente productor de carne, con más de tres millones de cabezas de ganado vacuno. Pero un kilo de carne de vaca cuesta aquí unos 60 kwacha, al cambio poco menos de cinco euros. Demasiado para una familia zambiana estándar: “Pero podemos conseguir el kilo de kapenta por diez kwacha”, explica Kabwe. Y eso es

La figura de un elefante encabeza la regata, las demás barcas le siguen llevadas por el ritmo de los tambores. A lo largo de la ribera miles de súbditos saludan a su rey.

menos de un euro al cambio. Por eso las aguas del Zambeze son pasto de la sobrepesca y no hay esperanzas de que eso cambie. En lugar de redes normales los pescadores suelen utilizar las mosquiteras que se distribuyen gratuitamente. En realidad están destinadas a proteger frente a los mosquitos que transmiten la malaria. Pero aquí sirven como instrumento de atrape de cuya estrecha malla no escapa ni el más diminuto pez.

Y ese es el motivo por el que a las gentes que viven a orillas del Zambeze cada vez les resulta más difícil alimentarse de lo que proporciona el río. Algunos defensores del medio ambiente exigen que se prohíban las capturas durante cinco años.

No salir a pescar durante cinco años... ¿puede imaginarse semejante cosa?, preguntamos al pescador con mosquitera que faena bajo el puente de cemento de Sesheke. Su seca respuesta: “Si no pescas te mueres de hambre”. Pero no todos viven aquí con lo mínimo imprescindible para subsistir, como ten-



“En Zambia todo lo que tiene valor pertenece ya a empresas extranjeras”, explica Changwe Kabwe, periodista radiofónico y experto en economía. “A nosotros solo nos queda la naturaleza. De momento”.

dremos ocasión de comprobar en la siguiente etapa de nuestro periplo por el río.

ETAPA 3 – LIVINGSTON

AMBIENTE COLONIAL. El Zambeze puede hacerte rico. 18 kilómetros río arriba desde la ciudad de Livingstone se levanta el River Club. Este lodge de lujo pertenece a Peter Jones, presidente de la federación de turismo de Zambia. Bungalows sumamente confortables emplazados en la ribera norte del Zambeze, a 1.200€ la noche, con balcones y terrazas desde las que se pueden contemplar hipopótamos. Peter Jones es un gran narrador, su prosa es tan desbordante como lo es ahora el Zambeze. “Siempre que contemplo el río pasando junto a mi casa siento el mismo entusiasmo que el primer día”. Esta mañana las aguas reflejan un cielo fabuloso, lleno de cúmulos que componen estampas casi pictóricas. Literatos viajeros de lengua inglesa han escrito maravillas sobre estos *cloudscapes*, sobre estas “nubosidades” únicas a orillas del Zambeze.





ETAPA 2 – SESHEKE

Para los niños de Sesheke el río es un parque acuático. Antaño las potencias coloniales regateaban aquí para ampliar su influencia. Enfrente: la franja de Caprivi, el corredor con el que el imperio alemán se aseguró el acceso al Zambeze, hoy pertenece a Namibia.

Peter Jones, nacido en Zambia, también tiene la ciudadanía británica. Se formó en la Real Academia Militar de Sandhurst y sirvió durante diez años en el ejército de Su Majestad la reina Isabel II. En 1989 llegó a Livingstone para colaborar en el rodaje de una película de Clint Eastwood. Y al final se compró una antigua granja junto al Zambeze. Construyó bungalows

alrededor de la granja en los que mimados huéspedes tienen la oportunidad de abandonarse al lujo de mundos perdidos en un pasado remoto.

En el River Club se respira un innegable ambiente colonial. La biblioteca del edificio principal parece un templo en el que antiguos libros, mapas y artículos de periódico homenajean a los héroes de una *grandeur* periclitada hace ya mucho tiempo. Sobre todo destaca la figura de David Livingstone, el misionero y explorador escocés del Zambeze que llegó a las cataratas Victoria en 1855 y las dio a conocer al mundo. Según Jones, la suma de todas las expediciones africanas de Livingstone arroja más de 20.000 kilómetros en total: “Como si hubiera ido andando dos veces desde Londres hasta Ciudad del Cabo”.

Mientras el River Club siga vivo la *Old England* no desaparecerá del Zambeze. En 2010 Jones resucitó en Livingstone una regata de remo internacional como la que se celebró por última vez más de 100 años atrás: “¡Participaron incluso remeros de Oxford y Cambridge!”

En los alrededores de la ciudad de Livingstone se extiende un refugio para blancos. En toda Zambia puede que solo haya unos 40.000, pero dominan la economía. Peter Jones me lleva una vez más a su biblioteca para mostrarme un mapa de África de cerca de 150 años de antigüedad. En aquella época aquí no había estados como Zambia, Zimbabue o Mozambique. Jones repasa con el dedo las letras capitales que se despliegan sobre el inmenso territorio entre la selva

virgen del Congo y el Océano Índico: Zambesia. Como si esa enorme superficie verde no se pudiera definir mejor que con el nombre de ese río marrón. Pero hace mucho que quedó atrás aquella época inocente previa a la colonización de África. Al misionero Livingstone le siguieron generaciones de blancos que se encargaron de que el Zambeze fuera más un elemento de separación que de unión.

Primero como línea de demarcación entre las dos colonias británicas Rodesia del Norte y Rodesia del Sur. A partir de 1964 el río se convirtió por vez primera en una frontera entre estados: entre la Zambia independiente en el norte y una Rodesia gobernada por un régimen minoritario blanco en el sur.

En 1980 ese último país pasó a llamarse Zimbabue, con Robert Mugabe como jefe de gobierno que acabó convertido en dictador (y solo fue depuesto en 2017 a los 93 años de edad). De esta forma el Zambeze terminó siendo una “zona fronteriza” a ojos de muchos moradores blancos del sur de África. Por ejemplo, a ojos de Chris Aston. Este hombre de 62 años tiene

un aspecto imponente con sus dos metros de estatura, pero por lo demás no coincide en absoluto con mi idea de lo que debe ser un ex-zimbabuense desplazado, nostálgico del pasado colonial. Ha estudiado literatura inglesa, como nos explica él mismo con orgullo, y está “especializado en el Medioevo temprano”.

Es un hombre bondadoso que trata amablemente a todo el mundo, sea cual sea su color de piel. Annabel, su mujer, tiene fama de ser la mejor cocinera de Zambia y se denomina a sí misma “bush gourmet”. Estamos sentados en el salón de los Aston saboreando un zumo de frutas silvestres recién exprimido. En una casa que no tiene puertas y permite entrar a los intrusos. “Hace un momento Frank ha matado una culebra arborícola en el despacho”, nos cuenta Annabel. ¿Frank? “Mi gato”. La culebra venenosa todavía está tendida en el suelo delante del escritorio.

“Nosotros amamos la naturaleza”, explica Chris Aston, “por eso solo dedicamos a la agricultura 158 de nuestras 850 hectáreas de terreno”. Y pasa enumerar en detalle: 90 hectáreas de



“Un lago en movimiento” eso es el Zambeze para Peter Jones. En su vida anterior como oficial británico fue responsable de edificios de cuarteles. Ahora ha construido un lujoso lodge en Livingstone, el River Club.

trigo, 45 hectáreas de tabaco, 20 hectáreas de plataneros, dos hectáreas de cebollas y una hectárea de piña. “Queremos que el resto siga cubierto de arbustos silvestres”. Pero ¿por qué no viven allí abajo, junto al río, sino aquí arriba en las colinas? ¿Es porque quieren evitar la visión de la otra orilla? ¿La vista de Zimbabue, su antigua patria? “En aquel entonces no tenía dinero suficiente para comprar tierras junto a la orilla”, responde Chris Aston. “Tuve que volver a empezar desde cero”.

Fue en 2002, dos años después de la reforma agraria de Mugabe. Más de 130 granjeros blancos expropiados llegaron entonces cruzando el Zambeze. Fueron recibidos con los brazos abiertos. Los bancos, y en parte también la industria del tabaco, concedieron créditos a los desplazados sin el menor problema para que pudieran crear plantaciones. Como en Zimbabue se habían hundido más de dos tercios de la producción, Zambia pudo llenar ese hueco del mercado y convirtió el tabaco en un importante producto agrario de exportación. Además, lo hizo en un tiempo récord.

Pero al final los Aston deben su fortuna al río. Porque sin acceso al Zambeze su granja no hubiera llegado muy lejos, reconoce Chris. Como no

HISTORIA COLONIAL

El doble país de los barotses

Cómo británicos y alemanes sembraron un conflicto

En mayo de 1960, la madre de la reina Isabel II visitó el país de los barotses y fue recibida por el rey Mwanawina III. El imperio británico concedió a este reino a orillas del Zambeze una amplia autonomía, que empezó a desaparecer a partir de 1964 con la independencia de Zambia. El imperio alemán también intervino en el juego de poder colonial: en 1890 consiguió de Gran Bretaña un acceso al Zambeze con el Tratado de Helgoland-Zanzíbar. Pero eso dividió el país de los barotses. Los cerca de 100.000 habitantes de esa región pertenecen hoy en día a Namibia, aunque están estrechamente ligados a los barotses de Zambia y eso es causa de un conflicto latente a lo largo de esa frontera artificial.





Plenitud en la otra orilla: Annabel y Chris Aston cruzaron al lado zambiano del río huyendo de la dictadura de Zimbabwe. Aquí encontraron de nuevo la fortuna; él como granjero y ella como cocinera.



ETAPA 3 - LIVINGSTON

En el Parque Nacional de Mosi oa Tunya, junto a la frontera con Zimbabwe, los visitantes pueden acercarse mucho a los elefantes. Tanto que algún que otro fotógrafo aficionado olvida que no está en un zoo.

había podido adquirir ningún terreno ribereño para empezar de nuevo, lo primero que tuvo que hacer fue invertir en una estación de bombeo para mantener en funcionamiento la instalación de riego de los campos de tabaco. Finalmente acabó siendo “una historia de amor con el Zambeze con final feliz”, opina Annabel Aston.

JARDINES DEL EDÉN. A la mañana siguiente estamos invitados al Elephant Café. Allí cocina Annabel, pannacotta de coco con frutos muchingachinga y un gazpacho con nueces mongongo. Este restaurante gourmet consiste esencialmente en una plataforma de madera descubierta construida justo a orillas del Zambeze, en el Parque Mosi oa Tunya Park, el parque nacional más pequeño de Zambia. Aparte de la cocina de Annabel la mayor atracción del lugar consiste en los “encuentros amistosos” con elefantes. Los paquidermos no han sido siempre la mejor publici-

dad para el turismo en plena naturaleza zambiana. En noviembre de 2017 una belga y un holandés fueron pateados hasta la muerte, en julio de 2015 le ocurrió lo mismo a una viajera americana. Los turistas suelen acercarse demasiado a los animales salvajes para fotografiarlos. Pero la sabana no es un zoo.

Annabel nos presenta a un guarda del parque. El hombre –que se llama África– es el responsable de esos encuentros amistosos. Detrás de África hay otros tres guardas, cada uno de ellos empuña un pequeño garrote. La fiesta de la amistad se celebra en un ambiente edénico. Papiones retozan de acá para allá. Los impalas nos contemplan desde lejos con interés. Cuatro elefantes se aproximan con andares imponentes. Su líder es *Danny*. Un macho de 55 años y colmillos torcidos. El gigante avanza tambaleándose derecho hacia Annabel, que le hace señas con una bolsa repleta de comida. “Breakfast, Danny!”, grita la cocinera.

A continuación me toca el turno en este intercambio de cordialidades. África me pone bruscamente una bolsa de comida en las manos. Yo preferiría limitar mis encuentros al pequeño *Muyumi*. Ese joven elefante sólo tiene

cuatro años y es tan juguetón como puede pensarse que corresponde a su edad. Pero *Danny*, el macho adulto, se arrima a nosotros al instante. Le miro a los ojos entre sus torcidos colmillos y le tiendo solícito el alimento.

Tras ello, llega el momento de la despedida, el momento de partir rumbo a las cataratas Victoria. Rumbo al lugar que inspiró a David Livingstone esta elevada prosa: “Un escenario tan bello que hasta los ángeles detienen el vuelo para contemplarlo”. 🌍



El reportero MICHAEL STÜHRENBERG (izquierda) ya ha viajado al Congo para GEO en otras ocasiones. El fotógrafo FRANK VOGEL se sintió transportado cientos de años atrás al seguir la barca real en la procesión fluvial del país de los barotses.

Segunda parte: la Disneyland china junto a las cataratas Victoria. Naturaleza salvaje en peligro. Por qué los tonga ya no creen en el espíritu de la serpiente del Zambeze.